

# EL BLOQUEO

MUCHAS veces se escapa el sentido real de algunos hechos de la política de los Estados Unidos con respecto a Vietnam; cuando pasa el tiempo, se comprende que no tenía ninguno. Hay que desplazarse un poco de la mera actualidad para comprenderlos. Y, desde luego, del lenguaje que les rodea, de las palabras con que se presentan. Hechos y palabras forman un todo, una acción. El bloqueo con minas del puerto de Haifong se presenta como una acción bélica para cortar la ofensiva del ejército vietnamita por el medio de evitar que lleguen al país los suministros de armas y material necesarios; los bombardeos masivos de algunos puntos del país —incluyendo la capital, Hanoi, que ha debido ser totalmente evacuada— tienen la misma intención. Sin embargo, se sabe o se puede calcular que no van a alcanzar esa pretendida eficacia. En la República Democrática de Vietnam debe haber acumulado el suficiente material para llevar la ofensiva a su término, y los puertos no son sus únicos lazos con el exterior: hay una frontera con China que está permanentemente abierta.

SI en un terreno estrictamente militar, la respuesta de Estados Unidos a la ofensiva no parece suficientemente eficaz, hay que buscarle otro sentido. El riesgo es grande. Tan grande, que los más pesimistas imaginan la posibilidad de una guerra mundial: el oro sube y los valores bajan en la Bolsa de Nueva York. No parece tampoco que ese pesimismo esté justificado. Pero quizá el último alcance del acto de los Estados Unidos no rechuya esa interpretación: debe pretender que se entienda que Washington no renuncia a sostenerse en Indochina ni siquiera al riesgo de una guerra mundial. Si entendemos como señal, como signo, las minas del puerto de Haifong y los escalones siguientes que franquearía el grupo de Nixon para evitar un triunfo por las armas, estaremos más cerca de comprenderlo.

SE ha puesto en riesgo el viaje de Nixon a Moscú. Por el momento, no se ha interrumpido: la nota soviética de protesta por lo que considera un acto de agresión es dura y es hasta amenazadora —«tendrá graves consecuencias para la paz y la seguridad mundiales»; indica que podría destruirse toda la legalidad en las relaciones internacionales «si los países afectados por las medidas unilaterales de los Estados Unidos respondiesen de la misma manera»; pero en ninguna manera relaciona el acto de Estados Unidos con la visita de Nixon a Moscú. Se ha dicho que la rápida visita de

Kissinger al Kremlin tuvo por objeto «negociar» esta escalada, que la Unión Soviética la conocía de antemano y que los Estados Unidos sabían, también, cuál iba a ser su reacción. Nada de esto sería demasiado extraño, dado el nivel escasamente ético en que se mueve hoy la política mundial y el interés de la Unión Soviética en sostener hoy las formas posibles de coexistencia con Estados Unidos. Pero puede haber un momento en que la URSS tenga que tomar una actitud más dura. En el golfo de Tonkin, dentro del puerto de Haifong, un incidente es siempre posible. Es posible, también, que suceda durante la visita de Nixon a Moscú, si el bloqueo continúa para ese momento.

LA retracción de las relaciones de Estados Unidos con Moscú y con Pekín destruiría toda la política exterior montada por Nixon con respecto a su reelección. Su imagen —anunciada desde las elecciones anteriores, hace cuatro años, y sostenida después— es la de la negociación para resolver los problemas del mundo y la retirada progresiva de Vietnam; esta imagen se rompe. Los aliados de Estados Unidos —hasta Japón— tratan de desolidarizarse de esta acción de fuerza; en el interior del país se reanudan las manifestaciones y los actos de protesta, que aparecen también en capitales extranjeras. Ciertamente, la opción contraria tampoco resultaría nada favorable a Nixon: perder la guerra. Sin embargo, sería la más real, porque la guerra la tienen ya perdida. La vietnamización ha fracasado, el regreso en masa de las tropas expedicionarias de los Estados Unidos es imposible, y no hay más salida que la negociación. Esta negociación no puede tener ya las bases anteriores: la ofensiva existe, progresa y ha continuado progresando después del bloqueo, y en Vietnam hay moral de victoria.

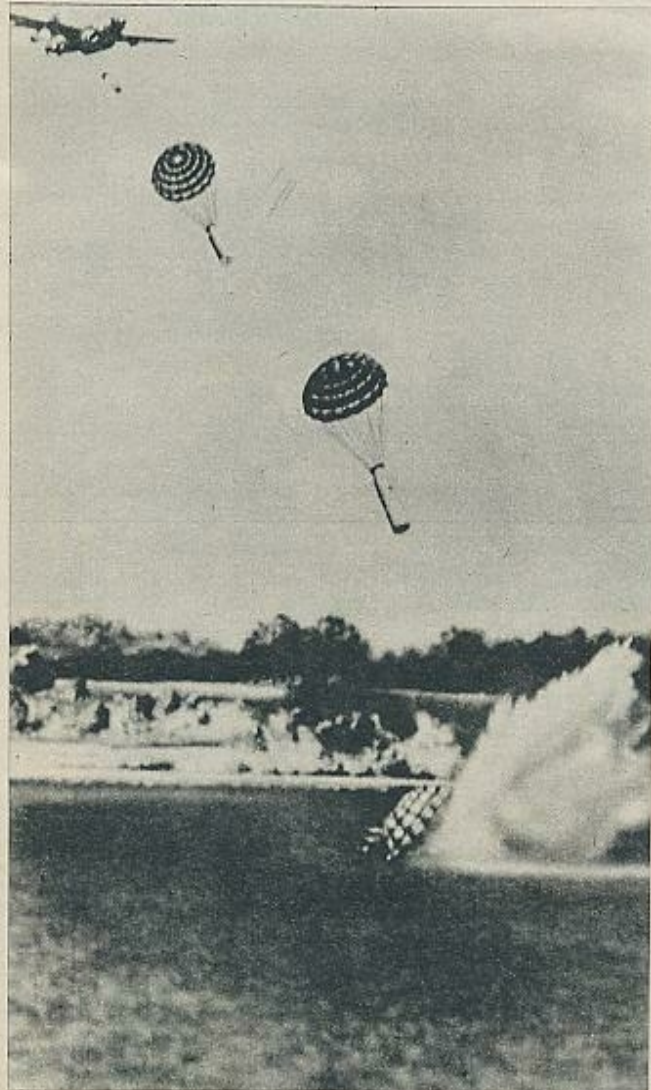
A esta luz de la negociación realista como única salida posible, el bloqueo de Haifong puede verse como una señal más dirigida a la Unión Soviética y a China para que fuercen a parlamentar a los vietnamitas (el sábado pasado, Le Duc Tho advirtió en París que no aceptaba como base las propuestas de Nixon de un alto al fuego, y que en primer lugar habría de decidirse un nuevo Gobierno en Saigón). Los Estados Unidos no han cesado de considerar el asunto de Vietnam como una acción del «comunismo internacional» —término que, si tuvo alguna vez significado, lo ha perdido totalmente en los últimos años— y no como un episodio del largo combate del pueblo —los pueblos— de Indochina, y esto parece su principal error de cálculo: difícil de eliminar, porque los círculos



# e. haro tecglen

de poder de Washington lo están sosteniendo desde hace muchos años y porque está inscrito en su psicología profunda: no aceptan que estén perdiendo una guerra frente a un enemigo pequeño, sino frente a un gran enemigo mítico. Sobre este error acumulan otro: el de la repetición mecanicista de un hecho similar. El último bloqueo naval frente a navíos soviéticos que realizó Estados Unidos fue el de la isla de Cuba en agosto de 1962 —en la época Kennedy-Krutschév— y de alguna manera los Estados Unidos llegaron a creer firmemente que aquel bloqueo fue un triunfo, y una demostración de que la firmeza en las decisiones siempre compensa a quien tiene la fuerza suficiente como para mantenerlas. Nada más lejos de la realidad: a los diez años de la gran acción, el régimen de Castro sigue firme en la isla, y aún con más seguridad y más extensión internacional que antes. Si la Unión Soviética no puso en riesgo las condiciones de coexistencia que buscaba —y que, precisamente desde entonces, se hicieron más patentes—, retiró sus proyectiles y sus barcos no forzaron el bloqueo, Cuba buscó otras vías para sostenerse —quizá más dañinas para Estados Unidos— y la Unión Soviética no dejó nunca de aparecer en su ayuda. La repetición de aquellas condiciones con Vietnam podría, en algún caso, tener un desenlace semejante, pero nunca más allá. Además, en esta ocasión los datos son esencialmente distintos, y no basta el sistema de bloqueo.

El bloqueo de Haifong puede verse como una señal más dirigida a la URSS y a China para que fueren a parlamentar a los vietnamitas.



## Tras las elecciones italianas

# UNA VENTAJA FASCISTA

La dosificación de partidos dentro del Parlamento italiano, después de las elecciones generales, varía muy escasamente en lo que se refiere a los grandes; parece que la opción llamada de «centro-izquierda» —la democracia cristiana con los socialistas— deberá seguir gobernando, como lo hace desde 1962. Nunca ha sido satisfactoria, sus elementos han sido querrelantes entre sí, y sus litigios internos han producido las crisis insolubles que han conducido a las elecciones generales anticipadas; pero mientras no se encuentre la fórmula de unión de las izquierdas, y no se ha encontrado, no aparecerá otra manera de gobernar que esta, precaria e insuficiente. Se habla ya de otras elecciones anticipadas, tal vez dentro de un año. Solamente la modificación del sistema electoral y de las circunscripciones podría ofrecer una considerable variación en los resultados, pero está claro que los partidos del poder no están dispuestos a realizar esa modificación de un sistema que les favorece.

Los dos más significativos son los del ascenso del fascismo. El MSI y sus aliados monárquicos han elevado su bloque: de 24 diputados han pasado a tener 56, de 11 senadores a 28. Cifras todavía escasas para constituir una amenaza seria de fascismo vía electoral, inferior

res a las que se esperaban; pero indicativas del crecimiento de un estado de ánimo. El fascismo suele aparecer en situaciones de crisis de sociedad y de crisis económica, cuando los futuros que ofrecen las otras ideologías son confusos, cuando las clases medias —su fuente nutricia— sienten un miedo de acháptamiento por los grandes grupos de capital, de una parte, y el descontento revolucionario de las masas proletarias. Fascismo y vacío político son compañeros; se engendran el uno al otro. En Italia, la gran agitación propagandística, renovadora, de los partidos en la campaña electoral, no va a encontrar continuación posible en un gobierno continuista. El fascismo tendrá que crecer.

Los partidos revolucionaristas, los «gauchistas», han perdido posiciones. Aparecen como demasiado utópicos. El comunista, segundo partido italiano, ha ganado diputados —ocho— y ha perdido senadores —diez—. Los electores del senado tenían más edad —un mínimo de veinticinco años— que los de la Cámara; parece desprenderse que los grupos de edad más fatigados políticamente inician un retroceso con respecto al comunismo, y que los jóvenes, en cambio, le ofrecen un nuevo apoyo. De todas formas, la variación ha sido muy escasa como para obtener de ella unas consecuencias generales.

## La ratificación de los tratados con el Este

# LA BATALLA DE ALEMANIA

Esta semana, quizá, estará decidida la ratificación de los tratados de Alemania Federal con la Unión Soviética y con Polonia, tras un nuevo aplazamiento del debate y otra tanda de conversaciones entre el Gobierno y la oposición. La oposición democristiana dirigida por Barzel está prácticamente en este tema, pero no sabe cómo actuar para no perder su imagen. El oportunismo —y Barzel es un gran oportunista— resulta, a veces, la posición más difícil y más peligrosa. Hay un momento en que al oportunista se le ve demasiado el fondo, y ya no sabe qué hacer. Pierde la naturalidad.

Se difunde, entre tanto, la noticia de que el gobierno de Bonn va a pedir oficialmente el ingreso de Alemania Federal en las Naciones Unidas, sin presentar ninguna clase de obstáculo o dificultad al ingreso de la República Democrática, y aun urgiéndolo: una forma relativa de presentarse como portavoz de una Alemania única, y al mismo tiempo de ofrecer una nueva ventaja a los alemanes del Este. Está claro que con esta idea Brandt quiere también favorecer la causa de los Tratados en discusión, y aún la de promover otro tema que lleva esperando veinticinco años: el de los Tratados de Paz con los vencedores. Ha quedado claro en los debates que el tratado con la URSS no puede considerarse como un tratado de paz y que, por lo tanto,

todo lo que contiene el actual acuerdo es revisable cuando llegue el verdadero tratado de paz. Este tratado, que habría de firmarse con Francia, Gran Bretaña, los Estados Unidos y la URSS, debería ser hecho, en el espíritu alemán sostenido hasta ahora, por una Alemania reunificada; tras él, esa Alemania ingresaría en la ONU. Si se confirmase la noticia de que Brandt pretende el ingreso de las dos Alemaniás, por separado, en la ONU, el tema de los tratados de paz tendría otro cariz. Al mismo tiempo, significaría la posibilidad y el precedente de que otros países divididos —como Corea, como el Vietnam— tuvieran doble representación en las Naciones Unidas en tanto durase su situación actual.

El día 17 —el miércoles pasado— el tema de los tratados con el Este vuelve al Parlamento. Sería deseable que en este momento las dos grandes fuerzas políticas del país hubieran llegado a un acuerdo y la ratificación fuera prácticamente unánime, dejando aislados a los duros y a los partidarios de una solución de fuerza, que quizá ahora encuentran nuevos ánimos como consecuencia de la situación de inseguridad mundial por el desarrollo de los acontecimientos en Vietnam. Si esta casi unanimidad no se consigue, no parece que de todas formas se vayan a rechazar los tratados.